



Monstruos

CLAUDIO LOMNITZ

La idea de una “generaci3n” refiere siempre en realidad a la confluencia de tres cohortes: la generaci3n mayor, formadora, contra la que tambi3n se reacciona, la generaci3n propia, y la generaci3n menor, que est3 destinada a reaccionar contra la de uno. Por la influencia especial, privilegiada, que tuvieron los escritores y los pintores en la formaci3n general de la intelectualidad mexicana de mi generaci3n, la muerte de Jos3 Luis Cuevas es, para m3, un momento que pide un reconocimiento a la generaci3n mayor.

No conoc3 a Cuevas. Coincid3 con 3l cuando era yo ni3o en algunas posadas en casa de unos amigos de mis padres, y luego en mi juventud en alguna exposici3n de pintura. No fui percibido por 3l, ni ten3a por qu3 serlo. O sea que no lo conoc3 pero, como tanta gente, admir3 siempre la claridad de su trazo, y la intimidad de los formatos de sus dibujos acuareleados. Tambi3n me gustaba su rebeld3a contra la pedagog3a machacona a la que era tan propenso el muralismo. Me interesaba, adem3s, aquel aspecto exageradamente *sixties* de su personaje p3blico, casi de pel3cula de Austin Powers, aunque, por otra parte, aquella galanter3a *playboyesca* tambi3n me hartaba un poco. Finalmente, Cuevas hizo suyos tanto el encanto como la misoginia del donjuanismo *latin lover*: fue el Mauricio Garc3s de nuestra alta cultura.

La idea de “la ruptura”, compartida entre pintores y escritores y diseminada, aunque m3s tard3amente, a las ciencias sociales, fue tambi3n para m3 una fuente de ambivalencia. Al igual que la generaci3n de los 50 y 60, mi generaci3n tambi3n resinti3 el peso de las grandes narrativas del nacionalismo mexicano, representadas en la pintura por el muralismo: hab3a en aquello una pesada carga 3pica, e insuficiente reconocimiento de nuestra realidad. En la frescura de su b3squeda, la generaci3n de pintores de la ruptura dio ox3geno a toda la vida cultural mexicana, y nos llev3 a que vivi3amos tambi3n en un mundo en el que pululaban las princesas del Palacio de Hierro y los estudiantes en v3as de fosilizaci3n. No hab3a s3lo explotaci3n y lucha de clases, sino tambi3n revoluci3n sexual, consumismo, contracultura y sociedad de espect3culo.

Por otra parte, la generaci3n de la ruptura tambi3n se benefici3 a su modo del nacionalismo mexicano. El entramado institucional que hab3a sino forjado por aquella “cortina de nopal” fue tambi3n generoso con ellos. Adem3s, la idea de ruptura ten3a un aspecto poco reconocido (seg3n me parec3a); fue una generaci3n que se vio reflejada y bastante identificada con las grandes figuras del modernismo neoyorquino. M3xico tuvo sus Jasper Johns, sus De Koonings, Rauschenbergs y Motherwells. Y curiosamente, en lugar de llamarse integraci3n estadounidense, a eso tambi3n se le llamaba ruptura.

También tuve siempre sentimientos encontrados hacia la figura del *enfant terrible* como tendencia. La rebeldía contra la autoridad funciona hasta el momento en que uno es la autoridad. El problema se parece un poco al de ser un artista *naïf*: puedes serlo, hasta que aprendes. La generación de José Luis Cuevas se crió bajo la sombra imponente de los forjadores de la posrevolución, de ese mexicanismo que insistía en las raíces precolombinas de todo. Aquello ya no dejaba respirar, requería una bocanada de aire fresco. Por eso, necesitaba de la figura del *enfant terrible*. Le sobraba razón a Monsiváis –quien fue uno de nuestros más grandes *enfants terribles*– cuando advirtió que en México no había una familia pobre sin una televisión, ni una familia rica que no tuviera su colección de arte prehispánico.

En Estados Unidos, un lema de la generación de los 60 fue: “no confíes en nadie mayor de 30 años”. Siempre me pareció una consigna absurda y cruel, pero creo también que se ajustaba muy bien al problema del envejecimiento para la figura generacional preferida de los 60: el *enfant terrible*. La autoridad que se consigue con la edad, al llamado *establishment*, se lleva mal con la espontaneidad y la disrupción constante. La extravagancia en la juventud es un ejercicio de libertad, pero como propensión del poder es pura arbitrariedad.

Con todo, quizá Cuevas haya sabido algo que a mí siempre me costó trabajo entender, y es que, nuestros artistas tienen también la función de inventar personajes. De ser personajes. A veces, incluso, el lado performativo de esos personajes tiene mayor impacto en la imaginación que su arte mismo. Oscar Wilde fue tan personaje como escritor. Más allá de su pintura, Frida y Diego proponían una manera de vivir.

Desde luego que hay artistas que rehúyen esta función, pero en México el aspecto público importa. En esto todavía somos una sociedad barroca. Aquí, la reclusión en la vida artística puede ser costosa. Quizá la razón sociológica de esto sea que no hay una capa social de concededores suficientemente espesa como para sostener a un artista excelente, si no es además un personaje. Si no hace escándalo. Si no da de qué hablar. Aquí, lo histriónico no es sólo una estrategia pedagógica, sino también una necesidad para la supervivencia.

Cuevas decía que había crecido en un barrio en que pululaban chulos y prostitutas, y que ese entorno dio origen a sus monstruos, pero a mí me parece que los monstruos son también un reflejo artístico de lo que el público mexicano le pedía a Cuevas. El gigantismo y la monstruosidad fueron también una condición de su supervivencia. Creo que José Luis Cuevas se entregó a la vida con enorme pasión y sensibilidad. Creo que quiso a sus monstruos, y que le gustó ser monstruo. Fue un pintor extraordinario. Que en paz descance.

Copyright © 1996-2013 DEMOS, Desarrollo de Medios, S.A. de C.V.
Todos los Derechos Reservados.
Derechos de Autor 04-2005-011817321500-203.